

matila  
la tumbada bienvenida

*la vibora que faltaba*

A la farsa del por qué le pedimos nombres. Domicilios particulares. Ayuda financiera. Un espejo retrovisor que se preste para los mandados. Que desista el soliloquio, que se caiga el hollín de los dedos. Que se imponga una potestad de barro. Una manera de sentir los clavos allí donde se encuentren. Un espesor casi fundido en la materia de los requisitos. Tanto pedirle a la silueta que se acomode a la matriz de las ciudades. Hay que persistir blando todo el tiempo, impedir que las costras nos inviten a sus huecos. Cosechar fósforos, recuerdos de viajes, telarañas, grasa, estornudos, lamentaciones, veredas rotas, sinestesia. Practicar el impulso, la ligereza de las falanges. Desbordar el dique de saliva entre las palabras. Desayunar jefes, cadenas de mando, locomotoras a radio control. Distancias, enigmas de brazos cruzados. Comprender que ahogarse es respirar de otro modo.

La cabeza se achica, se despega, se contrae, se repliega, se deshace como un pan para después acceder al dolor de las contraindicaciones, la zoología del pozo. Todo lo que es poco se verbaliza en el gesto de la mutación. El labio que parece golpeado. El labio que es una alucinación, que proyecta la visión de una pelea. El labio en llamas imposibles de morder. El labio hinchado como una bolsa llena de imágenes, de caricaturas condenadas a reflejar el curso de las pisadas. El estar en el labio, el estallido. Un bramido permanente, contenido, indiferentemente acariciado por las olas de pupilas, de victorias perseguidas hacia el descendimiento, el desmembramiento de los estratos. Abajo está la voluntad de fusionar, de someterse, de incluirse entre las raíces. Está el arranque de nadar en tierra. Está el abdomen provocado por la historia, por la idea que reside en la caída, la tumbada bienvenida.

El visón entre los secos, torpes, actos de fe. El calor que se propaga como una ventana abierta hacia los golpecitos en la espalda de una despedida. De un contacto con los cuerpos que no nos pertenecen. No hay justificación alguna que provenga del trato afable. Existe una cuerda que se fusila con las arrugas de la boca. Un tono amargo que se obtiene con un tajo. Un corte limpio, bien vestido, que acaba de cerrar su puerta. El cráneo rueda hasta los pies y el juego comienza.

En la cesta encontramos penas. Cataratas de miserias y cortejos fúnebres. Soldados enmudecidos por el asco; el miedo a tener que contar las balas. El boleto de vuelta, despedazado. Las cenizas atesoradas en la cúspide de una campana muerta. Ni un bostezo ebrio para cantarle a la tarde. Ausencia entera de latidos, de huesos astillándose, convencidos de romperse. Pereza de mudarse hacia el aposento despabilado del tambor. Me abandona la resonancia, la percusión de las horas, el eco llano de un nombre en la memoria.

La fotografía se encuentra perforada. La imagen está cubierta de agujeros. Aquello que perdura intacto, ileso, es un nubarrón. Un cruel recordatorio para el atisbo. La superficie expone su mancha, clara, ciega, inerte. Con la punta de los dedos, acaricio el relieve que originan los boquetes. Son ojos. Hurgo la mirada. Contemplo con la piel. Toco lo que ve.

Soy un abusón de las palabras; las fuerzo para que me digan cosas, las retuerzo, las exprimo hasta que sangren su sistema, hasta hacerme con su orden. Exijo una confesión. Consiento cualquier desahogo. Al escrutar los resultados, cuando leo, violo. Me apodero de un sentido que no me busca, que no quiere mi sustancia en su vida. Levanto faldas y tomo libertades. La tiranía me suelta la lengua. Pero la voz es ingobernable, sagrada. La voz nace conmigo.

No es preciso seguirle el ritmo al oráculo. Más bien, hay que despuntar la ambigüedad. El destino opera con el diente cariado: algunas veces corta, y otras, muerde. El líquido, en el vaso, se sienta. Pero en las tripas, gatea. Hunda la fluidez como la escarcha, ostenta otro rostro, una cutícula que es una excursión ocular. Sujeto de la incitación, suscribe al señuelo. Hasta desgastar el andrajo. En los márgenes del torrente alucinatorio, la savia se calza las botas.



Me aburro en el hierro. En el hierro, me pesan los nombres. Me pesa el aire que concentro a empujones. No es un viento. Se trata de un aire molesto pero conformado en la molestia. Seguro de su molestia, ese aire hará nada para suprimirse el disgusto. No, ningún tormento pedante. Es una mortificación incapaz de estimular el acabamiento, de dar paso a lo cumplidamente muerto. Un soplo austero, vaciado, sin dominio en donde plantar el desaliento; apostar la flaqueza de este tendón pasado para que las moscas se posen de una piadosa vez.

*la vibora que faltaba*

buenos aires

[laviboraquefaltaba@gmail.com](mailto:laviboraquefaltaba@gmail.com)

[laviboraquefaltaba.wordpress.com](http://laviboraquefaltaba.wordpress.com)

febrero 2013